

# LOS CRÍMENES DE LA BAÑEZA



LOS CRIMENES DE LA BAÑEZA

CINCO CASOS PARA LA INSPECTORA PILAR MOLINA

**ALFONSO REYES GIMENEZ**

Prólogo de Inocencia Montes

# **Los crímenes de La Bañeza**

**Alfonso Reyes Giménez**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin consentimiento del autor.

© Alfonso Reyes Giménez

Los crímenes de La Bañeza 1ª edición

© Alfonso Reyes Giménez -junio 2022

Diseño de portada: Museo de las Ideas

Foto de portada: imagen de Free Photos en Pixabay

Contraportada: ayuntamiento y plaza Mayor de La Bañeza

**Web:**[alfonsoreyes.es](http://alfonsoreyes.es)

**Facebook:** [alfonsoreyesgimenez](https://www.facebook.com/alfonsoreyesgimenez)

**@** [alfonsoreyes10@hotmail.com](mailto:alfonsoreyes10@hotmail.com)

## Asuntos de rutina

### 1

No era la mejor mañana para hallar un cadáver descosido a base de cuchillo carnicero. Hablando honestamente: ninguna mañana es propicia para el hallazgo de un cadáver, pero aquella lo era mucho menos: hacía frío. Cuando digo que hacía frío, no me refiero a que corría una brisa primaveral, de la que refresca el ambiente y arrastra aromas de limón, sino un frío que jodía. Un frío de abrigo, gorro, guantes y bufanda de lana. O sea: un frío de la *hostia*.

Era el Domingo de Resurrección de una Semana Santa que cayó a últimos de marzo, y el muy jodido de marzo, en vez de traer días primaverales, de rayitos de sol y temperatura cálida, donde los lagartos asomasen sus feas cabezas al sol, trajo días de enero puro. En fin... Cosas de la meteorología.

El cadáver era el de un varón que aparentaba entre cincuenta y cincuenta y cinco años, alto como una torre y fuerte como un nogal milenario. Un tiarrón. Un tiarrón del Norte, que se suele decir.

Como ya he dicho, le habían descosido a base de ferretería, y habían arrojado su cuerpo por la parte trasera del complejo *Valeska*, complejo consagrado al ocio y diversión de los bañezanos.

El cadáver lo había hallado el camarero de uno de los muchos bares del complejo, cuando fue a recoger su coche, aparcado cerca del lugar donde el muerto yacía.

De seguido dio parte a la policía.

Cuando llegamos Carmiña y yo, abrigadas como para cruzar el Polo Norte, el paraje ya estaba precintado por la guardia civil y la policía Municipal. Cumplían con el dispositivo que hay que cumplir en dichos casos: zona acordonada y prohibido el paso a toda persona ajena al asunto.

El cabo de la Municipal, un tipo al que le sobran michelines por todos los lados de su cuerpo serrano y un bigote de los que siempre se manchan de caldo a la hora de comer sopa, al verme me saludó como manda el reglamento.

Luego, enseñando los dientes en una ferviente sonrisa, soltó:

–Está usted muy guapa esta mañana, inspectora, pero que muy guapa.

Si el frío de la mañana era muy jodido para el hallazgo de un cadáver, ya no digo para escuchar piropos de un cabo abundante en michelines. Además, me había visto otras veces y nunca me había arrojado flores verbales. Pero así se las gastaba el cabo: una mañana fría como un témpano de hielo y un cadáver acuchillado, le inspiraban su lado varonil al nivel de soltar piropos a una cincuentona como yo. En fin... Gente insólita, que

necesita escenas insólitas, para decir lo qué sienten o piensan.

– ¡Muchas gracias, cabo! –dije, enseñando los dientes en una sonrisa de oficio.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Con qué otra sonrisa podía haber sonreído?

Tras mis palabras, como un noticiario repetido, el cabo nos recordó el parte meteorológico del día:

–Mucho frío, inspectora, ¿verdad?

Pensé en decir que no, que eran cosas de su mente, que hacía un calor para comer ensaladas, ir en camiseta y atiborrarse de helados, pero actué de forma oficial y educada:

–Sí, una mañana muy fría.

–Una mañana de canes –soltó Carmiña, con su acento gallego y su palabra, muy gallega también –. Una mañana para no salir de casa ni a por el pan.

Mientras dos agentes de La Municipal impedían el paso a la prensa de *La Bañeza Hoy* y *El Adelanto Bañezano* (querían sacar fotografías del lugar y del cadáver), me puse a observar al gigantesco hombre que yacía muerto. Vestía ropa elegante y tenía el aspecto de ser todo un vividor, de los que entienden que la qué no hagas, es la que pierdes. Puedes hacer mil más, sí, pero la qué perdiste, ya no la haces. De los que entienden que la vida es demasiado corta para andar bebiendo vino malo por las tabernas.

Enseguida noté algo extraño, algo que fue la raíz de toda la pesquisa: no llevaba puesto abrigo. Es decir: ni chaqueta gruesa, ni cazadora, ni gabardina, ni abrigo de lana o piel. Vestía una camisa de manga larga, finita

como el pliego de papel. Y si la mañana era fría de narices, suponía que la noche y la madrugada habían sido mucho más. Supuse que la madrugada era de esas que hacen estremecer el mercurio de los termómetros, culpa de la helada. Y con tales temperaturas nadie iría por la calle cómo había ido él, casi de verano.

Ante aquella escena no me cabía otra conjetura: quién se lo había cargado, se había llevado el abrigo. Sin lugar a dudas: tenía que ser un buen abrigo. No lo dije solo por su calidad, sino por su alto coste.

Compartí mi visión con la subinspectora Carmiña, que había encendido un cigarro y se daba a la calada con sumo placer.

– ¿Te has fijado, gallega, no llevaba abrigo? Viste como si estuviésemos en agosto.

La gallega, con sus ojos azules como el cielo, miró fijamente y tomó nota del detalle.

Luego, con cierto cariz de inocencia, dijo:

– ¡*Pobriño*, qué frío ha debido de pasar!

No me reí por lo trágico de la escena, pero pensé que lo malo de aquel hombre no era haber pasado frío, sino que lo habían mandado al otro barrio, al barrio de la eternidad, a la casita de mármol. Al cortijo del silencio, que dicen los andaluces. ¡*Pobriño*! Pero por haberle dado matarile.

Ordené registrar el cadáver, mientras Carmiña y yo nos fuimos al bar más cercano a tomar un café calentito. Diciendo verdad, la mañana estaba para cafés bien calientes y cargados o para chocolate con churros, no para el hallazgo de cadáveres ni para escuchar piropos de

cabos abundantes en grasa corpórea y bigotes que se pringan de sopa.

Tras abandonar la cinta que delimitaba el terreno, el periodista de *La Bañeza Hoy*, como el de *Adelanto Bañezano*, me abordaron para coserme a preguntas que yo no podía responder en aquel momento.

“¿Quién pudo ser?”. “¿Cuál fue el móvil?”. “¿Por qué le asesinaron?”. “¿Tiene alguna pista?”. “¿Ya sabe quién es el culpable?”.

Con una generosa sonrisa de oficio, imitando al cabo de La Municipal, me limité a recordarles el parte meteorológico del día:

–Hace una mañana muy fría, señores.



La investigación de un crimen real, para nada, se parece al de las películas de la tele, donde siempre hay una acción trepidante y suele desarrollarse en lugares paradisíacos, con playas y hoteles que ni en sueños se pintan tan bonitos. Y si quien investiga es un hombre, termina conociendo –y acostándose con ella– a una mujer de hermosura y lozanía, de sonrisa seductora y de las que nunca padecen jaqueca ni les duele el hueso de las rodillas. Y, por cierto, en las escenas de cama hay un erotismo de ensueño y una pasión de romántica novela. Por el contrario, si quien investiga el crimen es una mujer, termina conociendo –y teniendo un romance de amor de verdad – a un hombre de cuerpo escultural, corazón noble y atiborrado de pasta. Y, al final, termina casándose con él y viviendo en un chalet de lujo, cerca del mar. Así de bonito, señores, lo pintan en la tele.

En fin... Cosas de película.

Bajo el crudo paraguas de la realidad, investigar es algo rutinario, monótono, como la caída de una gotera, que termina aburriendo, cansando y agobiando. No se suele conocer a hombres guapos, ni playas paradisíacas, ni mansiones californianas. Es más: ni gente deseosa de colaborar para resolver el crimen, que es lo único que una pide: colaboración ciudadana. Más bien, ocurre todo lo contrario: la gente calla y se hace la despistada ante las cosas. En las películas todo asesinato se resuelve, y el

final es feliz. En lo real, no siempre se da con el culpable ni termina de forma feliz. Y aquel caso, el del cadáver descosido a base de cuchillo carnicero en la madrugada del Domingo de Resurrección, era un asunto de rutina, de los que termina aburriendo y agobiando, pues lo que menos esperaba una servidora era encontrar un romance de amor y pasión con un guapo y escultural millonario, donde terminase llevándome a un lugar paradisíaco y a una mansión californiana. Aquel caso era un asunto de rutina policiaca, no una película de la televisión.

Dos días después de hallar al cadáver y tener el informe forense, comenzamos las pesquisas. Simeón Alonso, así se llamaba el tipo, era natural de la románica ciudad de Astorga, se lo habían cargado para robarle los casi quince mil euros que, según testigos, había ganado en la timba de las chapas<sup>1</sup>, y en el registro que se le hizo al cadáver no apareció ni un céntimo. Sus bolsillos, más limpios que la patena. Tanto la subinspectora Carmiña como yo dimos por seguro que el robo fue el móvil del crimen.

Simeón resultaba ser un jugador profesional, un *burlanga*, que se dice en el argot, de los que de continuo tientan a la suerte, y a La Bañeza había venido para tentarla aquel Sábado Santo, donde el frío parecía estar hecho de guillotina, pues te cortaba la piel. Si se me permite la ironía, diré que a Simeón no solo lo cortó la

---

<sup>1</sup> Chapas- Antiguo juego que consiste en lanzar dos monedas al aire. Gana si las dos salen cara o cruz, pues la apuesta es a cara o cruz. Data del tiempo de los romanos. En La Bañeza se juega desde el siglo XVII.

guillotina del frío, sino una hoja de acero albaceteño, cortes de los que jamás se restablecería.

Testigos nos habían confirmado que Simeón era un habitual de los corros de chapas y cada Semana Santa se le veía por La Bañeza, que solía traer dinerales consigo para apostar fuerte en las timbas.

En la ciudad de La Bañeza, el juego de las chapas tiene un fuerte arraigo desde el siglo XVII, y son muchos los bares que ofrecen, en los días de Semana Santa, esa diversión y juego. Unos locales, con permiso de la administración estatal, y otros, sin él. Como en todo juego, hay ganadores y perdedores. Y como en toda ganancia y pérdida, existen medidas. Es decir: hay quien pierde veinte euros y quien una fortuna. Por lo que hay quien gana veinte euros y quien gana una fortuna. Y ya se sabe, donde hay mucho dinero, el diablo mueve la cola. Y donde mueve el diablo la cola, siempre hay gresca, violencia y, muchas veces, crimen. Aquella vez lo hubo: un tipo como un nogal milenario, abierto en canal. El diablo movió la cola. La cola y... Un cuchillo.

En los días del *Triunfo*, que así se le llama a esos días, llegan a la ciudad de La Bañeza jugadores desde muchos lugares de la provincia, incluso de otras. Todos creyendo en la suerte, tentándola, buscándola o esperándola; creyendo que la mano del baratero<sup>2</sup>, al tirar las

---

<sup>2</sup> baratero- Persona que lanza las monedas al aire. Se necesita cierta maestría, no vale cualquiera. Los barateros son bien pagados.

<sup>3</sup> Alfonsinas - monedas de plata con la esfinge de Alfonso XIII. Son las usadas en los corros de chapas.

alfonsinas<sup>3</sup>, hará posible que el azar pase muy cerca de uno. Como ya he dicho, hay quien se vuelve rico en una sola mano, pues son miles y miles los euros apostados a caras o cruces. Y si hay quien se vuelve rico en una sola mano, eso quiere decir que hay quien se arruina. Como se suele decir en el argot de los *burlangas*: hay quien se juega hasta los gayumbos en una timba. En fin... Cosas del juego, cosas el azar.

La investigación se abrió de forma rutinaria: preguntando a todo testigo, y se iría estrechando en nivel de quiénes estuvieron con él, con Simeón, en los últimos momentos de la madrugada del domingo. No hacía falta pensar mucho, o ser una iluminada, para suponer que el asesino había visto su buena estrella en el juego y que su bolsillo reventaba de billetes. Yo seguía en mis trece: el asesino le había quitado el abrigo, y más tarde o más temprano, le veríamos con la prenda puesta o a la venta de algún interesado, por lo que me parecía un caso fácil. Y de no ser fácil, mucha dificultad no tendría. Más tarde o más temprano, el abrigo tendría que aparecer. Y tras el abrigo, aparecería el asesino.

Testigos aseguraron que Simón estuvo en el Café Roma, desde las diez de la noche hasta la cuatro de la madrugada, y que, jugando, tuvo una racha de horas. Que el baratero en quien había confiado, un tipo apodado el Alemán, culpa de su uno noventa de estatura y su cabellera rubia como el sol, le sacó caras veinticinco veces seguidas. Nadie de los testigos, excepto un joven y amable camarero, sabían con quién, o con quiénes, habían salido del Café Roma, una vez finalizada la timba,

ni si llevaba un buen abrigo puesto. Lo del abrigo lo suponían, pues el frío de la noche lo requería.

Carmita y yo pensamos que los camareros del Café podrían ayudarnos mucho más, así que lo visitamos para preguntar.

El Café Roma está ubicado en la calle del Reloj, antigua General Franco, calle que, desde antiguos tiempos, ha cruzado la ciudad, para salir o entrar en ella.

.....

¿Te gustó?